

## 18. Bermeo

Krispín y Locuras, después de reparar el Izarra, faenaban muy cerca de la costa, próximos a Elanchove, protegidos por los cañones costeros. Los barcos nacionales, envalentonados por su superioridad sobre la mal pertrechada marina de Euskadi, se adentraban mucho en las aguas republicanas a la captura de cualquier navío que transportara armas, para incautarlas y apropiarse del barco. Pescar en esas condiciones añadía demasiado peligro a su difícil tarea.

Vieron a lo lejos, hacia el Este, unos fogonazos y el ruido de la batalla.

—¡Hostias!, allí se están zurrando. Eta nola gainera<sup>31</sup> —dijo Krispín sin dejar de levantar el palangre.

—¿Nos acercamos? —sugirió tímidamente Locuras.

—¿A qué? Si no podemos hacer nada como no sea darles nuestra pesca, no tenemos ni piedras para atacar. Estate quieto, que te conozco. —Si Krispín hubiera sabido que en el mercante que estaba siendo atacado volvía su querido amigo Antxon desde Bayona, habría ido a toda máquina al abordaje, aunque su buque era viejo, pequeño y de madera.

—Entonces, vamos a recoger a toda leche y nos piramos. No me gusta nada, ni lo que ocurre allí ni la mar que se está levantando.

---

31 ¡Y de qué manera!

Entraron al puerto de Bermeo, su nueva casa desde hacía tiempo, a la vez que lo hacía el buque Yorkbrook escoltado por el bou Bizkaia. El pueblo entero estaba en los muelles saludando a los dos barcos. Ya sabían que la carga era muy valiosa y necesaria, era toda una heroicidad el haber sorteado la vigilancia de la armada franquista para evitar su desembarco. El ataque fue difícil dadas las dimensiones del refugio pesquero y, como gaviotas, fueron apareciendo en los muelles muchos camiones, camionetas y coches para descargar cuanto antes y distribuir en el frente tan esperada mercancía. El Izarra, sin lugar para amarrarse, tuvo que hacerlo en una boya en el centro del puerto.

La alegría de la tripulación del buque que había cruzado el Atlántico era desbordante y nerviosa. Meses atrás empezó la cruzada para comprar armas y municiones para la República allá en América, luego consiguieron contratar el transporte con muchas dificultades y a punto estuvieron de fracasar en el último instante, a pocas millas de su objetivo. La marina franquista no tenía otra misión que capturarlos con el doble fin de impedir que las milicias se rearmaran y de destinar esos preciados recursos a las tropas nacionales. Solo la suerte de que el cruce-ro Canarias se cruzara con el convoy del Galdames salvó al Yorkbrook de su captura.

Pero el éxito tenía un precio: la heroicidad del bou Nabarra que se enfrentaba a Goliat. El enorme estruendo proveniente del Norte silenció el alegre griterío y recordó que una desigual batalla se libraba en el Cabo Matxitxako. El pueblo enmudeció intentando captar el siguiente cañonazo que ya no se produjo. Por un momento olvidaron que si el Yorkbrook hubiera burlado la vigilancia marítima se lo debían

a los que combatían fuera. Todos reanudaron con más rabia la tarea de descarga y distribución del armamento.

Krispín, después de desembarcar, primero la pesca y luego las cajas de municiones, se acercó al Bizkaia. Antes de comenzar la guerra fue un bacaladero de PYSBE, el Galerna, pobre buque, disfrazado de guerrero con dos pequeños cañones, uno a proa y otro a popa. Enseguida reconoció a varios de sus antiguos compañeros de pesca pasaitarras que, como él, habían huido ante la entrada de los nacionales. Estaban apesadumbrados por la suerte de sus compañeros, hablaron de sus familias, sus muertos, sus casas, los fusilamientos e incendios y hubo un largo silencio y algunas lágrimas escondidas. Krispín volvió al Izarra, bajó a la bodega, sacó unas lubinas que guardaba como un tesoro y las compartió con los pescadores metidos a marineros de guerra.

Al atardecer buscó a Locuras, ya se conocía el hundimiento del Nabarra y el apresamiento del Gal-dames. Estaban tristes.

—Vamos a Saturrarán —le ordenó a su patrón.

—Pero, ¿qué dices? Resulta que ahora el loco eres tú —protestó Locuras.

—¡Necesito ir! Tú no lo entiendes. Allí están mi mujer y mi hijo, ¿qué más me puede pasar? Solo quiero estar cerca de ellos aunque solo fuera un momento, solo cerca, sin verles, me basta con sentirles— Krispín estaba enajenado y, probablemente, borracho; las penas compartidas con sus antiguos compañeros le habían abierto las heridas del alma.

—Imbécil —le cortó Locuras—, Amalia y tu hijo Lucas intentan sobrevivir para volver a verte, no para rezarte. Estás borracho. ¡Duérmete o te encierro!

Locuras nunca había tenido más compañía que su barco, ni sintió la necesidad de una mujer, tampoco quiso cuestionárselo, era así y punto. Había sido hurraño, duro y hasta desagradable con todas sus tripulaciones, hasta que conoció a Krispín y a Antxon, les quería, eran toda su familia.

Krispín roncaba en la bodega cuando Locuras zarpó, entrada la noche. Viró al Este y navegó muy cerca de la costa siguiendo su perfil, con las luces apagadas, no fuera ser que las baterías de la costa les confundieran con los enemigos; unos u otros les podrían zurrar. Serían las dos de la mañana cuando llegaron a la altura de Ondarroa, el primer bastión de los franquistas, enfiló a la bocana y dio una última y fuerte arrancada, suficiente para, con la marea subiendo, acercarse en silencio a la orilla de Saturrarán con los motores apagados. Hacía buena mar y la noche cerrada les acompañaba.

—Krispín, Krispín, coño, ¡despierta! —Le movía Locuras con fuerza, casi haciéndole daño.

—Déjame dormir. ¡Joder!

—Levántate, estamos frente a Saturrarán. Azkar ez degu denborarik.<sup>32</sup>

—¿Qué? —gritó poniéndose de pie de un salto.

Subió a cubierta frotándose los ojos, incrédulo, se sentó en la proa y escudriñó en la noche hasta ver con nitidez los edificios donde debían estar su mujer y su hijo. Susurró sus nombres una y cien veces. Detrás estaba Locuras, preparado para bloquearlo si intentaba saltar por la borda o gritar de desesperación. No hizo falta, estaba muy cuerdo y consciente del peligro que estaban corriendo y del gran esfuerzo que había hecho Locuras por su amistad. Un regalo que no olvidaría jamás.

32 No tenemos mucho tiempo.

Estuvieron así durante casi una hora, mirando concentrados hacia la prisión, haciéndola buena.

Amalia se despertó y permaneció a la escucha, parecía que Krispín la estuviera acurrucando con sus enormes brazos, lo sentía muy próximo. Sintió su olor, su aliento, hasta se excitó pensando en él. Giró su cuello y encontró los ojitos de su hijo abiertos de par en par, como si también hubiera escuchado la voz de su padre.

El lejano ruido de unos motores anunciaba que dos barcos de pesca se hacían a la mar desde Ondarroa, eran de bajura, de una eslora similar al Izarra.

—Goazen<sup>33</sup> —anunció Locuras—. Saldremos confundidos con ellos.

Intentó sin éxito arrancar el motor. Esperó un momento, suficiente para que los dos marinos perdieran el color. Volvió a intentarlo. Tampoco. Cogió una enorme llave inglesa, levantó la tapa del motor y le dio un sonoro golpe al arranque.

—Prueba ahora —ordenó.

Tuvieron suerte y salieron de estampida detrás de la estela de los otros pesqueros.

—Se ha roto el motor de arranque —aclaró más tranquilo cuando se hicieron a la mar abierta.

—No olvidaré lo que has hecho hoy por nosotros —le dijo Krispín con voz entrecortada apoyando la mano en su hombro.

—Calla, hostias, calla —dijo escondiendo su emoción. Tal vez era la primera vez que alguien le agradecía algo.

---

33 ¡Vamos!

